ARMIDA Y REINALDO.

EN UN ACTO.

PRIMERA PARTE.

POR DON V. R. A.

PERSONAS:

Armida, Princesa de Damasco.....	Sra. Rita Luna.
Reinaldo, Príncipe de Ferrara....	Sr. Manuel García.
Ubaldo, Maestro de Reinaldo......	Sr. Antonio Pinto.
Ricardo, Capitan........................	Sr. Felix de Cubas.
Comparsa de Soldados.................	

El argumento es tomado de la conquista de Jerusalen; escrita por el Sr. Torquato Taso.

Sinfonía estrepitosa que vá declinando, de modo que al correrse el telon sea una música muy suave: el teatro representa una selva que baña el mar, lo mas amena que pueda figurarse: á un lado, sobre un rústico, aunque gracioso asiento, estará Reinaldo durmiendo y Armida contemplándolo; ella tendrá una guirnalda de flores en las manos, y al cesar la música, dice:

Arm. ¡Qué tranquilo se mira y sosegado
en los brazos del sueño el amor mio!
mas ¿quándo no descansa dulcemente
un amante felíz correspondido?
Naturaleza toda mudamente
interesada en su descanso miro:
las aves que alternadamente cantan,
las aguas despeñadas de los riscos,
y el viento que soplando blandamente
templa los rayos del calor estivo,
todo al dulce sosiego contribuye
del amoroso imán de mi alvedrio.

Des-

¿Despertaréle? no; con estas flores,
que texió cuidadoso mi artificio
ceñir sus brazos quiero, y sorprenderle
llegando á despertar: duerme querido,
duerme, mi amado bien, duerme alma mia,
duerme objeto adorado de un cariño,
abrasador del mas sensible pecho,
pues aunque todo el tiempo que no miro
las luces alhagüeñas de tus ojos,
estoy considerando que no vivo,
sola la persuasion de que descansas,
de mis amantes ansias es alivio.

Música suave, á cuyos compases despierta Reinaldo, y dice:

Rein. ¿Si duermo todavía?... ¿quién mis brazos
pudo estrechar con lazos tan floridos?

Arm. ¿Quién sino la que solo de mirarte
muere de amor su corazon herido?

Rein. Si imaginas, dulcísima homicida,
que á ser tu prisionero me resisto,
¡ó quánto, Armida, ofendes tu hermosura!
mírate en el espejo fugitivo
de esa apacible christalina fuente,
y notando los rayos despedidos
de tus ardientes brilladores ojos,
donde sus rayos templa el amor mismo,
esa boca de rosa, y en fin, todo
el imperio de Venus reducido
á las gracias que en tí naturaleza,
con cuidadoso estudio poner quiso,
verás que son en vano otras prisiones,
y que el dichoso estado en que me miro,
ni aun la muerte es capaz de terminarle,
porque el amor es alma, y siendo fixo
que el alma es inmortal, eternamente
debe durar el cautiverio mio.

Arm. No tengo yo de hermosa presunciones,
de enamorada sí; porque imagino
que si fuera posible reunirse
todo el amor de quantos se han querido,
formando un solo amor del que te tengo,
aun no pudiera bosquejar los visos;
mas no es amor el mio, es un incendio,
es un bolcan tan eficaz y activo,
que penetrando con oculta fuerza
hasta lo mas secreto y escondido
del corazon, le abrasa, lé devora
tanto, que ya no puedo resistirlo;

Rei-

B.ª y acomp.te por la nabe y dentro de esta vandera y armas.

Reinaldo, moriré; pero en tus brazos;
que ellos solo serán sepulcro digno
de una muger amante sin exemplo,
á quien de amores mata el amor mismo.
Rein. Si piensas excederme, te equivocas,
porque en el bello sexô, por destino
es natural carácter la ternura,
que fácil se permite al incentivo
de las dulces pasiones delicadas;
pero un hombre criado desde niño
en las campañas bélicas de Marte,
cuyo pecho feroz endurecido,
íras, sangre y estragos respirando,
no conoció mas ley en su alvedrio
que la desolacion y la venganza,
labrando con ageno precipicio
á su gloria y su nombre eterna fama,
es admirable verle poseído
de amorosa pasion; pero tan grande,
que si amor se perdiera, solo el mio
extenderse pudiera á todo el orbe,
renovando el imperio de Cupido.
Arm. ¿Y durarán tan finos sentimientos?
Rein. ¿Puedes dudar, si los confiesas finos?
Arm. No ama, Reinaldo mio, quien no teme.
Rein. Temores infundados son delirios.
Arm. Dulcísimo embeleso ::-
Rein. Dueño hermoso ::-
Arm. Idolo de mi alma ::-
Rein. Amable hechizo ::-
Arm. ¿Serás constante?
Rein. La firmeza misma.
Arm. ¿Qué no me dexarás?
Rein. Es desvario;
de solo imaginarlo moriria.
Arm. Ven, pues, encantador de mis sentidos,
en premio de tus ansias, á mis brazos.
Rein. Ellos solos pudieran ser alivio
de mi amorosa sed.
Arm. ¡Qué dulce gloria!
Rein. ¡Qué venturosa union! sin tí es preciso
morir, pues solo vivo de quererte.
Arm. Y yo tan solo de adorarte vivo:
en tanto, pues, que yo al cuidado atenta
de esta Isla sujeta á mis dominios,
me aparto un breve instante de tus ojos,
tú en la estancia florida de este sitio

 pro-

procura entretenerte, ó persiguiendo
de las fieras los pasos fugitivos,
ó bien de las incautas avecillas
cortando el vuelo con seguro tino.

Rein. En tu ausencia ¿qué puede entretenerme?
pero pues es forzoso, en el florido
tapete de ese prado que apacibles
riegan mil arroyuelos cristalinos,
te esperaré; mas mira que no tardes,
porque sin tí estoy fuera de mí mismo.

Arm. ¿Lo propio que deseo me suplicas?
¡Ah! ¡qué poco que conoces mi cariño!

Rein. Yo por el mio mido mis deseos.

Arm. Y yo los tuyos por los mios mido;
pero á Dios, mi Reinaldo.

Rein. Armida hermosa,
todo mi corazon llevas contigo.

Música, á cuyo compás se presenta una nave, de la qual van descendiendo Ubaldo, Ricardo y comparsa de Soldados armados de todas armas, con la divisa de Cruzados.

Ubaldo. Esta, segun las señas, es la Isla
en donde aquel encantador prodigio
tiene al jóven Reinaldo en los alhagos
de su torpe belleza seducido:
¡Ah! ¿cómo pudo con tan vil infamia
abandonar tan pronto los principios
de la virtud amable, y entregarse
tan sin freno á la ley del apetito?
¡O juventud fogosa, oculta fiebre
de la razon humana, que el peligro
de las dulces pasiones desconoces,
buscando en su lisonja el precipicio!
Mas pues el gran Gofredo á mi cuidado
fió la empresa de romper los grillos
de la pasion funesta de Reinaldo,
vive Dios, que si acaso endurecido
del honor al estímulo no cede,
lo que no la razon, logrará el brio,
ó estos amenos campos, que el mar baña,
de mi muerte fatal serán testigos.

Ric. En vano, Ubaldo, conseguirlo intentas,
porque segun la fama, al poderío
de las artes de Armida todo es fácil;
los elementos todos á su arbitrio
obedecen humildes; á sus voces
se franquean las puertas del abismo;
en medio de su curso el Sol se para,

y trastornando el órden primitivo
de la naturaleza, el universo
se gobierna á la ley de su alvedrio:
advierte, pues, qué servirán las armas
opuestas á poder tan excesivo.

Ubald. En la credulidad del vulgo necio,
pasa por verdadero y efectivo,
lo que es solo fantástica apariencia,
y así desprecio yo los artificios
de esa alevosa Maga, que sembrando
discordia y confusion en los invictos
héroes del Exército christiano,
hechizé de Reinaldo los sentidos,
porque sabía que á su fuerte brazo
eran irresistibles los altivos
y fuertes muros que á Salén coronan::-
pero, si no me engaño, ácia este sitio,
en trage extraño, un hombre se aproxîma

Sale Reinaldo.

Rein. ¿Tropas en esta Isla?...¿mas qué miro?
Ubaldo, amado amigo::-

Ubaldo. No os conozco.

Rein. ¿Qué ya no me conoces, quando has sido
mi Maestro? ¿á Reinaldo desconoces
habiéndole educado y dirigido
desde su tierna infancia?

Ubaldo. Yo me acuerdo
que á Reinaldo eduqué; que mis principios
en él formáron un ilustre jóven,
honesto, generoso, compasivo,
prudente, liberal, dócil, afable,
cortés, templado, racional, benigno,
y sobre todo, un héroe valiente
que heredero forzoso del dominio
de Ferrara, feliz pudiese hacerle;
y como ahora en vos solo distingo,
un jóven tierno, muelle, delicado,
coronado de rosas y jacintos,
viva copia de Adonis, en el trage
afeminado, blando y aun lascivo,
desconociendo un héroe christiano,
os tuve de estas selvas por Narciso.

Rein. Justamente esperaba estos denuestos,
mas no creí que amar fuese delito.
Mira aquella paloma que á su esposo
le dá mil besos con rosado pico;
mira cómo lo arrulla y lo festeja,

cómo bate las alas, y con giros
y tornos lo requiebra blandamente,
mira cómo formando extraños visos,
al sol, que en su plumage reverbera,
se eriza, y despidiendo mil gemidos
explica su dolor, porque su esposo
á otra paloma aproxîmarse ha visto.
Aquel tigre feroz, que la espesura
atraviesa veloz, es porque ha visto
salir de la caverna á su querida,
y la sigue zeloso y vengativo:
esta palma, si lánguida desmaya,
es porque le han quitado á su querido:
todo es amor el orbe, todo ama;
pues si lo vejetable sensitivo,
y aun lo insensible ama, ¿qué me culpas?
quita el amor del mundo, Ubaldo mio,
y verás que su máquina soberbia
perece entre mortales parasismos.

Ubaldo. La natural concordia, incauto jóven,
confundes con la ley del apetito.
No es delito el amor bien regulado,
ántes por el contrario, es un principio
de las operaciones virtuosas,
que dando al alma nuevo ser activo,
la enardece, la eleva y la estimula
para altos hechos de la fama dignos:
pero una pasion ciega y vergonzosa,
en donde se conoce el extravío
del corazon, y degradando al hombre,
le dexa con los brutos confundido,
y le cubre de infamia y de ignominia,
léjos de ser amor es un delirio
de una voluntad ciega, impetuosa,
que sorda á los impulsos del juicio,
en los mismos placeres que ha gustado,
desconoce el veneno que ha bebido.
Mas no es este el borron que mas te infama;
pocos en el exército el motivo
conocen de tu ausencia, é irritados
al ver que te retiras del peligro,
te arguyen de cobarde.

Rein. Calla, Ubaldo,
no irrites mas el sufrimiento mio:
¿qué victorias lográron los Cruzados
que no debiesen á mi brazo invicto?
¿los campos de la fertil Palestina,

sino es por mi valor, hubieran sido
de sus plantas hollados?

Ubaldo. Vanamente
tus méritos arguyes; los principios
de tus hazañas nadie los recuerda,
y solo ven que en el mayor conflicto,
quando á Jerusalen cerca Gofredo,
y quando á hallarse en tan famoso sitio
el orbe se despuebla, solamente
falta Reynaldo: ¿y crees te han ofendido
notándote en tal caso de cobarde?
te arguyen con razon; lo has merecido.

Rein. Pues yo sabré, volviendo á la palestra,
hacerles conocer que soy el mismo
que siempre fuí; que el ser enamorado,
no se aparta de ser héroe invicto:
veráme el Agareno las murallas
asaltar de Salén, y en su recinto
ser el primero que tremole al viento
los sagrados pendones que seguímos:
dadme unas armas.

Ubaldo. ¿Qué? ¿las armas pides?
del grave yelmo y el arnes lucido,
de la cortante, la fulminea espada,
no podrás tolerar el exercicio,
que los placeres el valor enervan:
y en tanto que Tancredo el atrevido,
combate con Argante cuerpo á cuerpo,
mientras Raymundo á Solimán altivo
resiste fuerte; en fin, mientras se cubren
de honor todos los Príncipes unidos
que siguen las vanderas de Gofredo,
tiñendo los aceros vengativos
en la sangre pagana, y á porfia
la religion ensalzan, tú mas fino,
mas delicado y tierno entre los brazos
de Armida bella vivirás tranquilo,
de sus hermosas damas rodeado,
y entre blandas delicias sumergido.

Rein. No mas Ubaldo, cesa en mis denuestos;
tus razones conozco; ya abomino
mi ciego error, ya todo á tí me entrego,
pues de mí justamente desconfio:
siento en mi pecho ardiendo todavía
el fuego del amor, mas convencido
de tu recto dictámen, yo te juro
por esa insignia que en tu pecho miro;

y

y mirar no merezco, que volviendo
al belicoso campo, el honor mio
dexaré acrisolado de tal suerte
que en el curso inviolable de los siglos
diga la fama, si Reinaldo pudo
olvidarse un momento de sí mismo,
labó con sus hazañas sus errores,
y de inmortal renombre se hizo digno.

Ubaldo. Ahora sí, á Reinaldo reconozco;
las armas viste, y de este fatal sitio
salgamos prontamente; la tardanza
nos puede ser funesta: el triunfo es mio.

Música alusiva á la situacion que dura mientras Reinaldo se viste las armas, y luego dice:

Rein. Ahora que vistiéndome las armas,
nuevo ser me parece que he vestido;
vamos, Ubaldo, al punto.

Al tiempo de irse, sale Armida.

Arm. ¿A dónde, ingrato?

Ubaldo. ¡Fatal encuentro!

Rein. ¡Bárbaro conflicto!

Arm. ¿Callas, tirano, callas, y aun desdeñas
que se encuentren tus ojos con los mios?
¿con el silencio solo me respondes?
¿á mirarme no vuelves? ¿en qué has visto
que te ofendiese Armida? ¿es este el pago
á tanto amor, á tanta fé debido?
¿dónde está la constancia prometida?
¿dónde aquel corazon tan tierno y fino?
discúlpate á lo ménos, que me ofende
mucho mas el silencio que el desvío.

Rein. ¿Te juré eterna fé? sabré cumplirla;
pagaré tu favor; pero es preciso
que me ausente, señora: enagenado
en tu hermoso dulcísimo atractivo,
de soldado, de noble y caballero
toda la obligacion pusé en olvido;
si no vuelvo por mí, quedo infamado;
tú misma me tendrias por indigno
de tu correspondencia; sobre todo,
la religion me llama; este motivo
ni dilacion admite, ni disculpa;
no te canses, Armida, nada miro
que no sea mi honor; quando le dexe
con mi valor acrisolado y limpio,
quando la Palestina y toda el Asia
doble ya la cerviz al Christianismo,

á amarte volveré.

Arm. ¡Vana esperanza
que agrava la pasion con que me aflijo!
¿presente me abandonas, y querias
que ausente confiase? ¡ó desvarío!
mas si el deseo y ambicion de gloria
alcanzan en tu pecho tal dominio,
si en el honor te sientes ultrajado,
que te ausentes, Reinaldo, no resisto,
mas no tan pronto y repentinamente;
espera un solo dia, mas no pido,
para que mi constancia se disponga
á resistir tan bárbaro martirio.

Rein. ¿Qué me dices, Ubaldo?

Ubaldo. Que partamos:
qualquiera dilacion es un peligro
irresistible.

Rein. Un solo dia pide::

Ubaldo. ¿Ya tu valor vacila? al mar, amigos;
quédate á tus placeres entregado,
mientras al gran Gofredo repetimos
que una débil pasion vencer no sabe,
quien presumía tanto de sí mismo;
y que la insignia que le cruza el pecho,
aun no pudo excitar en su alvedrio
sentimientos de honor.

Rein. Detente, Ubaldo;
no me abandones, llévame contigo.

Arm. Hombre de crueldad, hombre insensible,
compadece el estado en que me miro.

Ubaldo. Muger de perdicion, si al jóven amas,
¿cómo consientes verle envilecido?

Arm. Es verdad, es verdad, búsquese un medio,
que del amor y honor no sea indigno:
mi bien, señor, mi dulce dueño amado,
parte á Jerusalen, parte atrevido
al campo del horror y de la muerte,
pero á lo menos llévame contigo:
yo inseparable compañera tuya
arrostraré los riesgos y peligros,
despreciaré la muerte; en las batallas,
armada siempre del acero limpio,
me verás á tu lado, contrastando
el ímpetu y furor del enemigo;
y quando mas no pueda, el blanco pecho,
este pecho en que vives, á los tiros
ofreceré gustosa del contrario

temp.^tad^ oscuro y la nabe se oculta

sirviéndote de escudo: estos suspiros,
estas lágrimas tiernas que derramo,
muevan tu corazon: ¡ay amor mio!
¿cómo podré vivir si tú me dexas?
¿todavía te muestras indeciso?
ó llévame cruel, ó aquí me mata,
serémos ambos con opuestos visos,
tú de perfidia exemplo aborrecible,
yo de firmeza exemplo peregrino.

Rein. Complacerla quisiera; mas no puedo:
¿dónde hay tormento que se iguale al mio?
¡desdichada hermosura! es imposible,
Armida hermosa, lo que me has pedido;
la pasion con tu vista alimentada,
podia producir nuevo extravío;
demas de eso, Señora, tú serias
de mis errores el mayor testigo,
y Gofredo::-

Arm. No mas, no mas, ingrato,
bárbaro, desleal, desconocido;
si promesas y lágrimas no labran
ese vil corazon endurecido,
la fuerza bastará: temblad esferas;

tercetto *Aquí se figura una tempestad, y se ve á su tiempo zozobrar la nave combatida del mar, cuyo ruido y alteracion se imitará de modo que no estorbe la representacion.*

y tú, espumoso monstruo cristalino,
eriza de tus ondas la soberbia:
desátense en violentos torbellinos
los vientos encontrados; de tinieblas
se vea el claro sol obscurecido,

Se encubre la Nave.

y abortando las nubes tenebrosas
desde sus senos rayos vengativos,
esa traidora nave sumergida
del proceloso golfo en el abismo,
pague su atrevimiento y mi desdicha;
vete ahora, tirano, halla camino
para tu aleve fuga, si pudieres.

Ubald. Maga vil, tus fantásticos prodigios
no pueden deslumbrar mi entendimiento;
nada temas, Reinaldo.

Rein. ¿Qué he oido?
¿yo temer? ó qué en vano, incauta Armida,
te pretendes valer del artificio
ó del poder (que todo lo desprecio,
solo atento á mi honor): quantos mas grillos

apa-

(Sale la nave)

aparentas poner á mi partida,
tanto vas decayendo en mi cariño.
Arm. ¡Ah traidor! ¿no bastaba tu perfidia
sin añadir insultos? pero impío,
aunque pierda tu amor, aunque con ódio
mires á la que un tiempo dulce hechizo
de tu pecho y tu vida la llamabas,
ya que en tu corazon no hallan partido,
ni sus lágrimas tristes ni sus ruegos,
no saldrás de esta Isla; aquí cautivo
has de vivir, ingrato, eternamente,
sin que humano poder llegue á impedirlo.
Rein. Pues vive Dios, Armida, que á lo ménos
quando vencer no pueda tus prodigios,
inútiles haré tus intenciones,
para que sepan los futuros siglos
que por salvar mi honor perdí la vida:
cuenta, Ubaldo, á Gofredo lo que has visto;
recibe, ó mar undoso en tus cavernas
un mísero infelice::-

Va á arrojarse, y ella le detiene apresurada, y dice con mucha pasion.

Arm. Tente, impío:
¿hasta dónde conduces el extremo
de la fiereza? tente; ya tranquilo

Sale la Nave.

se muestra el mar, el Iris se despliega,
por la region del ayre cristalino,

Vese en accion todo lo que dicen los versos, y si pareciere, puede añadirse la vista del sol en los últimos términos de la marina.

entra en tu nave, parte, que yo sola
anegada en sollozos y suspiros,
abandonada, triste, y sin consuelo,
me quedaré á morir del dolor mio.

hasta aqui tercero

Cae desmayada.

Rein. Mi bien, mi dulce amor::-
Ubaldo. ¿Qué haces, Reinaldo?
aprovecha momento tan benigno.
Rein. ¡Ah! ¡no estaba mi alma preparada
á resistir tan bárbaro conflicto!
la muerte en palideces se difunde
por su semblante lánguido y marchito.
Ubaldo. No la mires, y aumentes mas tu pena;
toda piedad ahora es un delito.
Rein. Es verdad, es verdad; pero dexarla
entregada á mortales parasismos,
solo en un corazon de bronce cabe:
¡dura ley del honor! ¿tan exquisito,

y

y tan nuevo linage de tormento
estaba reservado al pecho mio?
¿ qué haré? soy un cruel si la abandono,
sin honor si quedarme determino:
¡quién tuviera dos almas!

Ubaldo. Acabémos;
que no puedo sufrir ver tan remiso
un campeon christiano, que las voces
de honor y religion oye tan tibio.

Rein. Dices muy bien; respetos tan sagrados
deben preponderar: Cielos divinos,
conservad su hermosura desdichada,
y haced que sus afectos dé al olvido.

Còro

Música propia de la situacion, durante la qual Reinaldo es llevado con algun género de violencia á la nave por Ubaldo: vuelve varias veces á mirarla, por fin se embarcan, y Armida recobrándose, dice:

Armida. Reinaldo::- mi señor::- ¡pero infelice!
á nadie veo: ¿á quién mi voz dirijo?
fuese, dexóme en soledad amarga,
en triste soledad, sin que á impedirlo
bastasen quejas, lágrimas, ni ruegos,
ni de dolor tan duro lo excesivo!
hombre sin compasion, hombre sin alma,
¿y tú eres noble? no; tú no has nacido
de la hermosa Sofia, ni en tus venas
corre la sangre Estense; tus principios
de fiera te acreditan, yo engañada,
te entregué un corazon amante y fino,
creyendo fuese el tuyo semejante:
¡ciego funesto error! pues que ya he visto
que en él únicamente la incònstancia,
perfidia, y falsedad tienen abrigo.
¿A sacarte viniéron de mis brazos?
¡Ay! ¡ó quánto mejor hubiera sido
no haberte nunca en ellos estrechado!
pérfido, me engañaste: lo mas vivo
del tierno corazon me has penetrado:
se acabó mi esperanza; aún el alivio
de la queja es inútil; si así pagas
un entrañable amor, dí ¿qué castigo
en tu perjuro, en tu alevoso pecho
reservas á quien te haya aborrecido?
Asperos montes, intrincadas selvas,
desiertos valles, solitarios riscos,
que mirais mi desdicha y abandono,
mis penas compartid, llorad con migo.

Mien-

Mientras toca la música, ella queda apoyada á un bastidor como abismada en su sentimiento; luego mirando al mar, dice:

Vuelve, perjura robadora nave,
que me llevas el alma y los sentidos,
vuelve, vuelve la proa, todavía
te falta el mejor peso::- yo deliro,
y clamo en vano. Monstruo aborrecible,
que sordo á mi dolor y mis gemidos,
sola la voz de la ambicion escuchas
de la vana ambicion; si los suspiros
de un corazon doliente mover pueden
la piedad de los Cielos compasivos,
yo su justicia invoco, ellos castiguen
tu perfidia cruel; dardo enemigo
el alevoso pecho te atraviese;
mas no; sería dulce este castigo
para un traidor tan vil y abominable;
muera del mal que muero, aborrecido
y abandonado de otra á quien él ame,
como yo le amo á él::- ¿pero qué digo?
si es verdad que le amo, ¿cómo puedo
sus males desear? No, dueño mio;
sé feliz; la Deidad de las batallas
de lauros te corone; el paganismo
doble á tu diestra el indomable pecho;
la gran Salem, despojo de tu invicto
y valeroso brazo, á tí se rinda;
toda el Asia sujeta á tu dominio,
por su Rey te apellide; estos deseos
son los de aquella Armida que has podido
abandonar á su dolor tirano,
pero que siempre fina te ha querido,
te quiere, y te querrá, miéntras no cierre
en sempiterna noche el duro filo
de la parca sus ojos lastiméros,
y baxe á las mansiones del olvido,
donde habita el horror, mas donde solo
podrán mis penas encontrar alivio.

furias prevension. foro, y escotillo.

Mientras toca la música, queda consternada, pasa á lo léjos la nave, y ella al verla, hace las demostraciones de dolor, propias de los recuerdos que debe inspirarle semejante vista; luego animada dice:

Mas ¿por qué desespero? ¿Soy yo Armida,
Princesa de Damasco, aquel prodigio
á quien el orbe todo está sujeto?
¿pues cómo débil al dolor me rindo?
él me amaba; no pudo en un momento
olvidarse de mí: quien ama fino,

di-

dificilmente borra de su pecho
la imágen del iman de su alvedrío:
¿pues por qué me detengo? ¿por qué tardo?
ábre las puertas tenebrosas, abismo;

A este verso comienza una música lúgubre, pero que no impida la representacion, y sigue hasta el fin de la escena.

venid al punto, genios infernales,

Aparecen varias figuras representando lo que dicen los versos, con antorchas encendidas.

y pues de mi abandono ni aun testigos
mudos pretendo que en el orbe queden,
incendiad esta Isla.

Cruzan las figuras por el Teatro, y del fondo salen varias llamas, que representen el incendio.

En su distrito
árbol, ni flor, ni planta permanezca;
todo quede á pavesas reducido;
todo perezca, pues murió mi dicha;
arded, campos, arded; exemplo digno
sed del incendio que me abrasa el pecho.
Ven, esperanza dulce, amable hechizo
del universo, ven, y reaníma
mi corazon doliente y afligido,
que yo en fogoso carro conducida,

Aparece un carro de fuego, con alusion á la situacion.

por la region del ayre al fugitivo
objeto de mi amor seguir resuelvo: ***Sube.***
Reinaldo, espera, aguarda, dueño mio;
que Armida mas que nunca enamorada,
creciendo su pasion con tus desvíos,
á buscarte camina presurosa
con corazon amante y encendido,
ó á prenderte de nuevo en su hermosura,
ó víctima morir de tu cariño.

El Casado avergonzado.
Tener zelos de sí mismo.
El Bueno y el mal Amigo.
A España diéron blason las Asturias y Leon, ó Triunfos de Don Pelayo.
D do Abandonada.
E Pigmaleon: Tragedia.
La Moscovita sensible.
La Isabela.
Los Esclavos felices.
Los Hijos de Nadasti.
La Niña: Opera joco-seria.
Un Montañes sabe bien donde el zapato le aprieta. De Figuron.
El Hombre Singular, ó Isabel primera de Rusia.
La Faustina.
El Misantropo.
La Fama, es la mejor Dama.
Pedro el Grande, Czar de Moscovia.
Entre el honor y el amor, el honor es lo primero. De Figuron.
El Matrimonio Secreto.
El Asturiano en Madrid, y Observador instruído. De Figuron.
La muger mas vengativa por unos injustos zelos.
El Preso por Amor, ó el Real Encuentro.
El Avaro, Drama jocoso.
Los Amores del Conde de Comingés.
El Perfecto Amigo.
El Amante generoso.
El amor dichoso.
La Holandesa.
Christina de Suecia.
La fingida enferma por amor, Opera.

Comedias en un acto á real.

La buena Esposa.
El Feliz encuentro.
La Buena Madrastra.
El Atolondrado.
El Jóven Pedro de Guzman.
Marco Antonio y Cleopatra.
El Idomeneo.
El Matrimonio por razon de estado.
Doña Inés de Castro: Diálogo.
El Poeta escribiendo.
Ariadna abandonada.
Siquis y Cupido.
El Ardid Militar.
Los Amantes de Teruel: para tres.
El Triunfo del amor.
La Toma de Breslau.
Anfriso y Belarda, ó el Amor sencillo.
La Atenea.
El Esplin.
La Andrómaca: para quatro personas.
Bellorofonte en Licia.
Hercules y Deyanira.
Semiramis.
Eurídice y Orfeo.
La noche de Troya.

DONDE ESTA SE HALLARAN LAS PIEZAS *siguientes:*

Las Víctimas del Amor.
Federico II. Tres partes.
Las tres partes de Carlos XII.
La Jacoba.
El Pueblo felíz.
La hidalguía de una Inglesa.
La Cecilia, primera y segunda parte.
El Triunfo de Tomiris.
Gustabo Adolfo, Rey de Suecia.
La Industriosa Madrileña.
El Calderero de San German.
Cárlos V. sobre Dura.
De dos enemigos hace el amor dos amigos.
El premio de la Humanidad.
El Hombre convencido á la razon.
Hernan Cortés en Tabasco.
La toma de Milan.
La Justina.
Acaso, astucia y valor.
Aragon restaurado.
La Camila.
La virtud premiada.
El Severo Dictador.
La fiel Pastorcita, y Tirano del Castillo.
Troya abrasada.
El Toledano Moyses.
El Amor perseguido.
El natural Vizcayno.
Caprichos de amor y zelos.
El mas Heróico Español.
Luis XIV. el Grande.
Jerusalen conquistada.
Defensa de Barcelona.
Orestes en Sciro: Tragedia.
La desgraciada hermosura: Tragedia.
El Alba y el Sol.
De un acaso nacen muchos.
El Abuelo y la Nieta.
El Tirano de Lombardía.
Cómo ha de ser la amistad.
Munuza: Tragedia.
El Buen Hijo.
Siempre triunfa la inociencia.
Alexandro en Scútaro.
Christóbal Colon.
La Judit Castellana.
La razon todo lo vence.
El Buen Labrador.
El Fenix de los criados.
El Inocente usurpador.
Doña María Pacheco: Tragedia.
Buen amante y buen amigo.
Acmet el Magnánimo.
El Zeloso Don Lesmes.
La Esclava del Negro Ponto.
Olimpia y Nicandro.
El Embustero engañado.
El Naufragio felíz.
Là Buena Criada.
Doña Berenguela.
Para averiguar verdades, el tiempo el mejor testigo.
Ino y Temisto.
La Constancia Española.
María Teresa de Austria en Landaw.
Soliman Segundo.
La Escocesa en Lambrun.
Perico el de los Palotes.
Medea Cruel.
El Tirano de Ormuz.